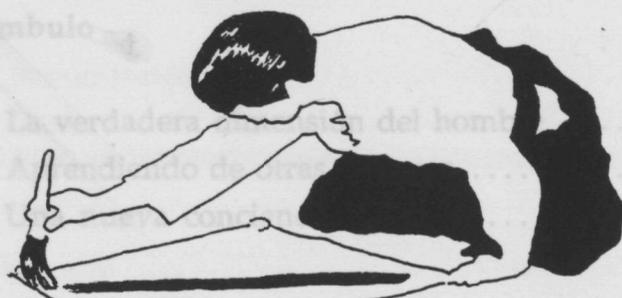

Oficio y realización espiritual

BASES PARA UN REPLANTEAMIENTO DEL OFICIO DE DIBUJAR

(Tesis doctoral)

Presentación 6

Prólogo



La verdadera esencia del hombre 9

Alcance del dibujo 13

El dibujo como lenguaje 17

Primera parte

SIMBOLISMO TRADICIONAL

Introducción 22

Macrocosmos y microcosmos 26

El simbolismo de la escalera 45

La montaña, la caverna y el "Eje del Mundo" 60

El templo y el hombre 97

JOSE APONTE

Arquitecto

INDICE

Presentación	6
---------------------------	---

Preámbulo

La verdadera dimensión del hombre	9
Aprendiendo de otras culturas	13
Una nueva conciencia	17

Primera parte

SIMBOLISMO TRADICIONAL

Introducción	22
Macrocosmos y microcosmos	26
El simbolismo de la escalera	45
La montaña, la caverna y el "Eje del Mundo"	60
Simbolos constructivos	78
El templo y el hombre	97

Segunda parte

EN BUSCA DEL SI-MISMO

Introducción	124
El hombre autorrealizado	129
Psicoanálisis y psicosis	138
El oficio como camino de realización	148
Disciplina artesanal y disciplina mental	183
El oficio de dibujar. Aprendizaje y enseñanza	216

Conclusión	236
-------------------------	------------

Apéndice

FISICA Y METAFISICA DE LA PINTURA, por Louis Cattiaux

Presentación	239
Texto	242

Bibliografía	265
---------------------------	------------

A todos los que Se buscan

Presentación

Presentación

El tema principal de esta tesis es la espiritualidad del oficio o, dicho de otro modo, el oficio como camino de realización. En particular, puesto que se desarrolla dentro del marco de la enseñanza del dibujo, actividad a la que me dedico desde hace más de diez años, se trata de exponer mis opiniones acerca de la posibilidad de orientar esta disciplina hacia contenidos más espirituales y autorrealizantes que los actuales.

Para desarrollar mis ideas, que se sitúan del lado de la Tradición Universal, he utilizado material procedente de mis lecturas y de mis propias reflexiones. En ocasiones me tomo la libertad de hacer largas citas, porque me parece que las ideas que quiero transmitir están allí perfectamente expresadas, o bien que son particularmente adecuadas para ilustrar las mías. No considero que hacer esto sea incurrir en servilismo o falta de originalidad. En realidad nadie puede reclamar la paternidad de las doctrinas tradicionales, porque pertenecen a toda la humanidad. En contra de la pretensión moderna de originalidad a ultranza, lo que tiene valor para mí es la elección de los medios más adecuados para transmitir esas doctrinas con

el máximo de claridad posible. Hago mías, pues, las palabras de A. K. Coomaraswamy cuando afirma que "el orador cuyo sermón no es la expresión de una opinión o filosofía particular, sino la exposición de una doctrina tradicional, habla con perfecta libertad y originalidad; la doctrina es suya, no por haberla inventado, sino por haberse conformado a ella (*adæquatio rei et intellectus*). Incluso cuando cita directamente no repite como un loro, sino que comunica un tema recreado".¹

Para llevar a cabo la tarea me extiendo en consideraciones muy amplias que quizás, a primera vista, puedan parecer ajenas al propósito enunciado. Creo, sin embargo, que una visión general como la que aquí se muestra es necesaria para situar al ser humano dentro de un amplio marco que dé finalidad y sentido a su actividad cotidiana. Sólo así puede tener valor el análisis de las situaciones específicas y concretas que el hombre vive, y sólo así, entroncando con una realidad profunda, pueden ser realmente útiles las propuestas para mejorar su condición.

Soy perfectamente consciente de que mi exposición puede ser fácilmente tachada de ingenua y visionaria. Tal calificación representaría para mí un elogio más que una censura. Creo que el momento en que vivimos necesita desesperadamente de ambas cosas.

Castellcir, enero de 1991.

¹ A.K. Coomaraswamy, "Christian & Oriental Philosophy of Art", Dover, 1956, p.71.

Preámbulo

Preámbulo

La verdadera dimensión del hombre

El hombre persigue el bienestar material, y ello es lícito. Pero el bienestar material está ligado a la riqueza, que en este planeta es limitada. Así, el que acumula por encima de ciertos niveles lo hace a costa de la pobreza de otros, como es el caso de los países occidentales, que han edificado su riqueza sobre la explotación de los recursos de otros países.

Pero no tan sólo existe diferencia entre países ricos y países pobres. Pertenece a una civilización que se autodenomina democrática e igualitaria, pero que paradójicamente perpetúa la desigualdad en su propio seno. Los que alcanzan el bienestar material temen por su pérdida y se aferran a él, haciéndose con los mecanismos de poder de la sociedad para mantener sus privilegios. Los otros, los desheredados, luchan por hacerse con el control de esos mismos mecanismos con objeto de subvertir el orden y acceder a los niveles de bienestar que les están vedados.

Unos y otros se equivocan. El hombre occidental está empeñado en una carrera que tiene como meta el bienestar material, y en ello cifra su felicidad. Pero se trata de una carrera

condenada al fracaso. En primer lugar porque no hay felicidad posible si ésta se construye sobre la infelicidad de muchos. Tarde o temprano las diferencias se hacen insostenibles y el débil equilibrio acaba rompiéndose de forma generalmente dramática. En segundo lugar, porque para construir la sociedad del bienestar material se está poniendo en peligro la seguridad del planeta, lo cual puede acarrear graves consecuencias, de todos conocidas, y que en cualquier caso acabarían con la fuente misma de todas las riquezas. Finalmente porque uno acaba descubriendo tarde o temprano que el bienestar material, si bien imprescindible hasta cierto punto, no puede dar una completa satisfacción. Y es porque el hombre no está únicamente constituido por un cuerpo y una psique necesitados de confort y diversión, aunque sean estos los únicos aspectos que reconoce y propicia nuestra moderna civilización. El hombre es más que eso, como puede comprobarse examinando las diferentes tradiciones de la humanidad, que son unánimes a ese respecto.

Contrariamente a la idea que tenemos los modernos occidentales, que únicamente reconocemos en el hombre un cuerpo y un alma, las tradiciones antiguas le atribuyen un cuerpo, un alma y un espíritu. Es una concepción ternaria universal que, en palabras de Luc Benoist ², se encuentra "tanto en la filosofía hindú como en la china, en la 'República' de Platón como en la Biblia. La tradición hebrea formula explícitamente esta trilogía del hombre desde el principio del Génesis, en el momento de la creación del hombre por Dios. Yahvé modeló primero el cuerpo del hombre con el polvo de la tierra, y después le insufló la vida gracias a su

² Luc Benoist, "Art du Monde. La spiritualité du métier", Editions Orientales, París, 1978, pp. 122 y 123.

aliento, que es espíritu. El alma viviente es, pues, el resultado de la unión del cuerpo con el soplo del espíritu ³. La tradición helenística, en su forma más acabada que es el platonismo, enseña también que el ser humano está compuesto de un cuerpo, un espíritu, y un alma que los une. Esta división fue continuada y respetada por los romanos, cuyos tres términos "corpus", "anima", "spiritus", se identifican con cada una de las palabras de Platón ⁴. La tradición cristiana no podía por menos que respetar esta trilogía tradicional. San Pablo retomó la división mosaica con toda exactitud. Después de él, los padres más auténticos de la Iglesia han aceptado la misma concepción ternaria".

Si esto es así cabe preguntarse por qué se ha producido posteriormente esta amputación y qué consecuencias ha tenido. La respuesta, en palabras de Benoist, es que "...para escapar del peligro de otorgar al alma un elemento sutilmente corporal, como había hecho Platón, los doctores de la Iglesia acercaron hasta tal punto el alma al espíritu que terminaron por confundirlos. Lo cual debía concluir más tarde en el famoso dualismo cartesiano que ya no distingue en el hombre más que el alma y el cuerpo". A partir de esta reducción quedó abierto el camino a la simplificación, hoy día totalmente establecida en occidente, de que el hombre, por el juego del azar y la evolución, ha llegado a desarrollar, además de un

³ La diferencia entre el "espíritu", componente divina, y el "alma viviente", factor humano, no es arbitraria y fruto de una traducción más o menos libre y poética. El texto hebreo original sanciona claramente esta diferencia asignando a cada elemento un término preciso. El espíritu es "neshamá" y el alma viviente "nefesh".

⁴ Hay que matizar aquí que Platón, en su "República", considera al hombre formado de cuerpo y alma, estando ésta dividida en 'alma concupiscible', 'alma irascible' y 'nous'. Hay cierto paralelismo, aunque no identidad, entre esta clasificación y la que estamos considerando. Fue el neoplatonismo quien más tarde adoptó la división tripartita con los nombres de 'soma', 'psyché' y 'nous'.

cuerpo altamente especializado, una psique compleja y refinada a la que se hace coincidir con el alma del binomio cartesiano. Algo a fin de cuentas derivado de la materia y carente por tanto de toda dimensión trascendente. Este presupuesto ha sido decisivo, a mi entender, para la configuración de nuestra moderna sociedad occidental, así como una de las principales causas de su decadencia.

Creo que es necesario devolver al hombre su verdadera dimensión si se quiere construir una nueva sociedad en la que sus componentes puedan desarrollarse con plenitud y alcanzar no sólo la felicidad en el plano material, sino también la felicidad última, la cual depende precisamente del reconocimiento y posibilidad de realización de esa naturaleza trascendente. El retorno a la tradicional concepción ternaria del hombre constituye la base imprescindible para la reconstrucción de un marco más adecuado a la completa satisfacción de las necesidades humanas en toda su profundidad.

Aprendiendo de otras culturas

Existe un sentimiento generalizado y creciente de urgencia en el replanteo de los conceptos que sustentan nuestra actual civilización del progreso. En la actualidad son muchos los que están volviendo sus ojos hacia otras culturas, en un afán de comprender las causas últimas de nuestra propia crisis, pues se cree que quizás se encuentren allí vestigios de valores compartidos por nosotros en el pasado, cuyo reconocimiento nos ayudaría a recuperar nuestra propia identidad, hoy perdida.

El acercamiento entre culturas, propiciado por los modernos medios de comunicación, hace que esta búsqueda no parezca ahora tan fuera de lugar como pudiera considerarse hace unos decenios, pues la proximidad ayuda a eliminar la barrera del exotismo y la incompreensión, y permite una observación más objetiva y sin prejuicios. Así, se puede verificar que si bien las culturas no occidentales están marchando aceleradamente por el camino del progreso tecnológico trazado por nosotros, todavía se encuentran en ellas signos lo suficientemente nítidos como para comprender los valores que las han sustentado en el pasado.

En particular es claramente reconocible la vigencia de la concepción ternaria del hombre, lo cual permite corroborar, cuando menos en parte, la creencia en una identidad de principios universales subyacentes a todas las culturas tradicionales, incluida la nuestra anterior a la revolución industrial.

Este y otros indicios muestran que tales culturas se rigen todavía en gran medida por estándares tradicionales que permiten a sus hombres, aún en medio de la pobreza, obtener satisfacciones más profundas que las nuestras. Esto podrán confirmarlo quienes las hayan conocido de cerca, pues habrán observado que, a pesar de la pobreza material, existe un clima generalizado de tranquilidad e incluso de optimismo, y una notable estabilidad psíquica y emocional entre sus gentes. En pocas palabras, hay allí pobreza exterior y riqueza interior, en contraste con la riqueza exterior y la miseria interior de aquí.

No quiere decir esto que deban tomarse ingenuamente esas culturas como ideales a imitar, pues no son en absoluto sociedades perfectas. Baste únicamente constatar que la conservación de ciertos valores permite garantizar la salud mental de sus componentes. Por lo demás, obviamente es necesario combatir la pobreza y mejorar las condiciones de vida de las gentes. Pero sin olvidar cómo son esas gentes ni qué necesidades fundamentales tienen, es decir, no rebajando su nivel de humanidad para poderlas encasillar en el papel de peones al servicio de una implacable maquinaria de producción cuya finalidad es, en última instancia, la acumulación de la riqueza en manos de unos pocos.

Cabría argumentar aquí que los valores tradicionales son los que han mantenido en la pobreza a esas culturas, y que para combatirla el único camino posible era erradicar tales principios, por ser precisamente ellos los que se oponían al progreso científico y técnico, fundamento de la revolución industrial a la que se debe nuestra riqueza y prosperidad actuales. A esto se puede contestar diciendo que la pobreza no proviene necesariamente de la adhesión a los valores tradicionales, sino más probablemente de la universalmente extendida lacra de la explotación del hombre por el hombre. Si en tales culturas existe la pobreza es porque, conforme a la doctrina tradicional de los ciclos cósmicos, en toda civilización se produce necesariamente una decadencia, y lo que en el origen fue equilibrio y armonía entre las gentes acaba dando paso a relaciones de dependencia y explotación creciente causadas por la degradación inevitable de la naturaleza humana. Así, en las sociedades no occidentales se da también, como en occidente, la acumulación de riqueza en manos de poderes políticos y religiosos corrompidos. Pero con todo, esta situación no ha llegado a trastocar todavía enteramente los valores espirituales que dan sentido a la vida de sus gentes y les permiten conservar, como se ha dicho, un notable equilibrio psíquico en medio de las difíciles condiciones materiales de vida.

En occidente, sin embargo, debido a la amputación de la naturaleza espiritual del hombre, éste ha quedado encadenado a un nuevo tipo de esclavitud y miseria, bajo el espejismo de una riqueza material que nunca llega a darle entera satisfacción, porque sus deseos, espoleados por la propia dinámica del sistema, van siempre por delante de sus posibilidades. El hombre occidental sublima, si puede decirse,

sus necesidades espirituales insatisfechas mediante la búsqueda del confort y la seguridad, en la creencia de que de ello depende su felicidad. Pero así únicamente logra ahondar más el abismo que le separa de la felicidad auténtica, la cual se basa, como he dicho, en el reconocimiento y satisfacción de su naturaleza profunda.

Una nueva conciencia

Todos los indicios parecen señalar que la humanidad, con la civilización materialista occidental a la cabeza, está consumiendo las últimas etapas de su ciclo actual. Así lo indica la doctrina tradicional de los ciclos cósmicos, que califica a esta época como la Era de Kali-Yuga o la Edad de Hierro, última fase de un ciclo completo cuyo final ha de dar paso a otro nuevo, más próximo a los valores espirituales que dieron origen a la humanidad, como un círculo que se cierra sobre sí mismo y vuelve al punto de partida. Se trata de períodos amplios, para los cuales la extensión de una vida humana es poco significativa. Al final de cada ciclo coexisten el viejo cuerpo social, caduco y en vías de descomposición, y el embrión del nuevo, correspondiente al ciclo siguiente. Esto es lo que quiere expresar el conocido símbolo taoísta del yin y el yang.

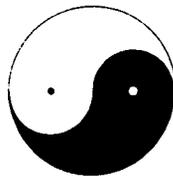


Fig. 1

Cuando un ciclo, representado por una parte del círculo, llega a su máximo desarrollo, aparece en su seno la semilla que anuncia el ciclo siguiente, el cual se desarrollará y dará paso, a su vez, a otro nuevo, dando lugar a la ininterrumpida cadena de ciclos que constituyen el devenir universal.

No hay nada que pueda hacerse de manera directa para que esta sociedad recupere sus valores, ya que existe el riesgo de entrar en el mismo juego que la ha conducido hasta la actual situación sin salida. No se puede hacer más que abandonar a su propio impulso a esta civilización decadente y trabajar en el alumbramiento de la nueva, que se anuncia espiritual y que restaurará los valores olvidados. Una observación afinada muestra que se está produciendo una lenta, firme e irreversible transformación de las conciencias. Y en un futuro no muy lejano la reunión de los murmullos producidos por las transformadas conciencias individuales acabará por constituir un clamor de conciencia colectiva que contribuirá decisivamente a derribar las ya para entonces débiles estructuras sociales, dando paso a otras basadas en nuevos valores más justos y humanos ⁵.

Estos nuevos valores han de dar nacimiento a una nueva moral basada en las virtudes tradicionales: generosidad, disciplina, paciencia, energía, concentración y sabiduría. Muy lejos por tanto de la moral contemporánea, que es la que nos ha conducido a la presente situación. La nueva sociedad no puede alumbrarse desde planteamientos basados en una

⁵ Cuando hablo de un futuro no muy lejano no me estoy refiriendo a un futuro inminente, sino a un período más o menos próximo pero situado dentro de un ciclo en el que la duración de una vida humana no es relevante.

moral que propicia actitudes combativas y extremistas, ya sean de derecha o de izquierda, porque tales actitudes son totalmente ajenas al espíritu de la era que se aproxima y no tienen, por tanto, cabida en ella. Para preparar su advenimiento bastará con que cada uno, individualmente, tome conciencia de los nuevos valores y los integre firmemente en su propia vida y actividad, contribuyendo, mediante la comunicación de experiencias genuinas, a propagar el fermento renovador. El resto vendrá por sí mismo, cuando el fermento haya crecido hasta transformar toda la masa.

¿Cómo será la nueva sociedad del futuro? Es muy difícil, además de inútil, hacer predicciones. Lo único que cabe es alimentar buenos deseos al respecto, porque los deseos, al igual que las ideas, son fuerzas tan vivas y reales como la electricidad, el magnetismo o la gravedad. En lo que se refiere a la ciencia occidental y a los valores tradicionales, que parecen ser los principales protagonistas en conflicto, cabe reflexionar lo siguiente. ¿Es perversa la ciencia, a la que se culpa de dar paso a la alienante civilización industrial y armamentista? Naturalmente que no. Lo perverso es el uso de esa ciencia en manos de hombres sin escrúpulos. Y los valores tradicionales ¿son la causa de la pobreza por crear en la gente una actitud conformista ante la fatalidad de sus vidas miserables? Tampoco. La causa de la pobreza es la codicia de unos hombres que usan de esos valores como instrumentos para someter y explotar a otros hombres.

En definitiva el origen de todas las injusticias y desequilibrios sociales está en la naturaleza corrompida del hombre, y en la regeneración de esa naturaleza caída está el mayor reto que tiene planteado el mundo moderno, y la

única vía de solución a todas las crisis actuales. La ciencia y los valores tradicionales no tienen por qué ser incompatibles. Los científicos más influyentes de este siglo, tales como Heisenberg, Schrödinger, Einstein, Jeans, Planck, Pauli o Eddington, fueron a la vez grandes místicos ⁶. Y en un orden de cosas más práctico, ¿puede imaginarse lo que sería una civilización en la que el hombre, gracias a los progresos de la ciencia aplicada, quedase completamente liberado de la esclavitud de los trabajos materiales, para dedicar su tiempo y sus mejores energías a la búsqueda y realización de su verdadera naturaleza última?

Ahora bien, ¿en qué consiste esa regeneración? ¿Puede el hombre mejorar realmente? Y si es así ¿cuál es el método para conseguirlo? Las siguientes páginas intentan dar algunas respuestas a estos interrogantes.

⁶ Ver a este respecto: Ken Wilber, "Cuestiones cuánticas", Kairós, 1987.

Primera parte: Simbolismo tradicional

Primera parte
SIMBOLISMO TRADICIONAL

Introducción

Considerando globalmente la historia de la humanidad, la civilización moderna aparece como una anomalía. Este fenómeno es analizado por un pensador francés, René Guénon, cuyos ensayos, escritos a principios de siglo, son de completa actualidad, ya que la marcha de los acontecimientos corrobora plenamente sus opiniones, otorgando así credibilidad a su punto de vista, que no es otro que el punto de vista tradicional. En una comunicación escrita en junio de 1926 ⁷ dice así:

"De todas las [civilizaciones] que conocemos, [la moderna] es la única que se ha desarrollado en un sentido puramente material, y también la única que no se apoya en ningún principio de orden superior. Este desarrollo material, que viene sucediéndose desde hace ya varios siglos y que se va acelerando cada vez más, está acompañado por una regresión intelectual que es incapaz de compensar. Se trata, bien entendido, de la verdadera y pura intelectualidad, que podría llamarse también espiritualidad, y por nuestra parte nos

⁷ Publicada con el título "La réforme de la mentalité moderne" en su libro "Symbolés fondamentaux de la Science sacrée", Gallimard, 1980, p. 27.

oponemos a dar ese nombre a aquello a lo cual los modernos se han dedicado principalmente: el cultivo de las ciencias experimentales con vistas a las aplicaciones prácticas a que pudieran dar lugar"...

..."La decadencia no se ha producido de golpe; podrían seguirse sus etapas a través de toda la filosofía moderna. Es la pérdida o el olvido de la verdadera intelectualidad lo que ha hecho posible los dos errores, opuestos sólo en apariencia pero en realidad relacionados y complementarios, que son el racionalismo y el sentimentalismo. Desde el momento en que se niega o se ignora todo conocimiento puramente intelectual, como se ha hecho desde Descartes, se desemboca lógicamente, por una parte, en el positivismo, el agnosticismo y en todas las aberraciones "científicas", y por otra, en todas las teorías contemporáneas que, no contentas con lo que la razón puede ofrecer, buscan otra cosa, pero la buscan por el lado del sentimiento y el instinto, es decir, por debajo de la razón y no por encima".

El principio de orden superior a que alude Guénon es el Principio Único o Unidad Primordial, inmaterial, increada y eterna, de la cual, por sucesivas emanaciones, deriva el universo tangible. El hinduismo lo llama "Brahma", la cábala judía "Ain" (Nada), el budismo "Vacuidad", el cristianismo "Dios", etc. El nombre que se le pueda dar no es más que una convención para designar lo que está más allá de todo conocimiento racional, el misterio del origen de todas las cosas.

Aunque no hay que descartarlo, el pensamiento racional no es suficiente para conocer ese misterio, porque la razón es

limitada, y con un instrumento limitado no se puede medir lo ilimitado. Sólo mediante el intelecto puro, es decir, mediante aquella cualidad de orden superior por la que participa de la propia Unidad, puede el hombre acercarse a lo incognoscible. "El místico empieza con la razón, cuya luz es como una pequeña vela al lado del Intelecto, que es como la luz del sol. Necesitamos la vela cuando empezamos el viaje en la oscuridad de la espesura, pero una vez que surge la luz del sol dejamos la vela a un lado" ⁸.

Una sociedad que se apoya en un principio de orden superior es una sociedad que posee una religión, es decir, un sistema de creencias y prácticas destinadas a facilitar a sus miembros el acceso al conocimiento y a la participación del misterio. Los grandes fundadores de religiones han impartido enseñanzas de muy diferente nivel, destinadas a toda clase de hombres con niveles también diferentes de comprensión. Las enseñanzas más sencillas se componen de un conjunto de afirmaciones doctrinales acompañadas de una moral. Es el aspecto exterior o "exotérico", la religión propiamente dicha. Las enseñanzas más profundas y por tanto de más difícil comprensión constituyen el aspecto "esotérico", la gnosis. La religión es el primer punto de contacto del hombre primario y sin pulir con el misterio. Si el hombre se deja penetrar por la religión y practica las virtudes avanzará en el camino y podrá acceder a la gnosis. Pero si por el contrario, aún estando del lado de la religión o incluso representándola, antepone su rudeza a los principios religiosos, quedará detenido en el camino, y, lo que es peor, convertirá la religión en instrumento de poder y dominación.

⁸ Laleh Bakhtiar, "Sufi. Expresions of the Mystic Quest", Thames and Hudson, 1979, p. 9.

Debido a la imposibilidad de expresar lo inexpressable, los que han desentrañado el misterio se han visto obligados a referirse a él de modo indirecto, mediante la fábula, el símbolo o la alegoría. Lo infinito no puede abarcarse con un lenguaje finito, hecho de palabras concretas que expresan cosas concretas. Las palabras son signos que indican dónde está la cosa, pero no son la cosa, como el dedo que señala la luna no es la luna.

Los símbolos son los elementos de un lenguaje que apunta directamente al misterio. Son "vehículos de transmisión de las realidades divinas, que nos transforman llevándonos hasta los más elevados estados del ser, en los cuales toman nacimiento [...] Todas las cosas de la creación son símbolos, porque todo lo que es percibido por los sentidos 'externos' puede ser concebido, por los sentidos 'internos', como signos de un estado más elevado de realidad" ⁹. Por ello el estudio de los símbolos es un camino perfectamente apropiado para profundizar en la comprensión de dichos estados elevados de realidad. Esto es lo que trato de hacer en las páginas siguientes, en las cuales se analizan algunos símbolos que permiten comprender la estructura íntima del hombre y del mundo.

⁹ Laleh Bakhtiar, op. cit., p. 25.

Macrocosmos y microcosmos

En lo que sigue haré un amplio uso del concepto de divinidad, por lo que me parece necesario matizar el significado que tiene para mí, ya que no quisiera que el abuso que se ha hecho de este término se alzara como una barrera que dificultase la comprensión de mis ideas. En efecto, las palabras son armas de doble filo, ya que si bien por un lado sirven como vehículos de transmisión de ideas y conceptos, por otro pueden erigirse en obstáculos insuperables cuando el receptor les atribuye significados preestablecidos basados en la costumbre y en el modo en que han sido empleadas. Cuando utilizo la palabra "divino" o "divinidad", me estoy refiriendo a aquella realidad invisible a los ojos pero subyacente en el fondo de todas las cosas, al reino causal en el que tienen su origen los mundos siempre cambiantes. El hombre, con sus solos sentidos físicos no puede conocer esta realidad porque escapa a la observación material, de la misma manera que el agua no puede ser atrapada por la red del pescador. Para alcanzar a comprenderla se necesitan tres condiciones: la primera tener por cierta su existencia, la segunda desear conocerla, y la tercera usar un método adecuado que permita "sintonizar" con la misma.

Según se desprende de la literatura de todas las épocas, el hombre, desde tiempo inmemorial, se ha enfrentado a este misterio y ha intentado desvelarlo. En su exploración por esos parajes invisibles, y según las características y limitaciones propias de sí mismo y de la cultura a la que pertenecía, ha hecho hallazgos a los que ha puesto diferentes nombres. En su pequeñez, y admirado por el indudable orden cósmico que se presentaba ante sus ojos, ha imaginado una inteligencia suprema ejercida por un Ser superior al que ha denominado Dios, el cual, en sus formas más simplificadas, ha adoptado un aspecto antropomórfico, especialmente concebido para suministrar a la gente sencilla un soporte, adecuado a su mentalidad, que les permitiera establecer contacto con el misterio. Pero más allá de esas formas simples que se encuentran en la mitología o en la literatura piadosa, se esconde una realidad de una dimensión enorme, difícilmente abarcable por la mente concreta, y de la cual pocas cosas pueden decirse.

Ahora bien, de la misma manera que sabemos que no hay ningún hecho, acto o realización humana visible que no tenga una causa anterior, consciente o inconsciente, parece lógico pensar que todos los fenómenos que se dan en la naturaleza, en el ser humano, y en el universo entero, conocido o imaginable, son consecuencia de leyes que rigen en un plano invisible y obedecen a una forma de inteligencia no humana que no alcanzamos a comprender y que escapa siempre a las redes tendidas por nuestro razonamiento discursivo. A esa inteligencia enorme e inabarcable es a lo que llamo la "divinidad", y no a esa especie de fantasía sostenida por las iglesias muertas que se han erigido a sí mismas en guardianes

del misterio, haciendo odioso a los ojos de las gentes todo lo relacionado con él.

El punto de vista tradicional sostiene que el universo visible es una teofanía, es decir, una manifestación del principio divino. Todas las doctrinas tradicionales presentan una cosmogonía, un drama cósmico en el que lo invisible, deseando conocerse a sí mismo, decide manifestarse, dando lugar al Macrocosmos, que abarca el universo entero, visible e invisible. Y como culminación del proceso creativo, y hecho a imagen y semejanza de la divinidad, aparece el hombre, el Microcosmos.

Macrocosmos y Microcosmos, universo y hombre, son análogos. Por ello conociendo uno se conoce al otro. ¿En qué son semejantes? Ambos están formados por un espíritu, un alma y un cuerpo de idéntica naturaleza.

El espíritu del universo o Macrocosmos es la Esencia Divina, de la cual nada puede decirse, ya que cualquier descripción serviría únicamente para limitarla o ponerle fronteras. Su alma es lo que da vida y mantiene unidos a los planetas, los soles y las galaxias. Su cuerpo es el inmenso conjunto de cuerpos celestes que constituyen el universo entero.

El espíritu del hombre o Microcosmos participa de la naturaleza esencial de la divinidad. La tradición cabalística afirma que en el principio de los tiempos el Nombre del Santo Bendito Sea quedó dividido en dos, permaneciendo una parte en el cielo y la otra enterrada en el hombre. En cuanto al alma del hombre, ésta incluye los factores vitales y psíquicos que lo mantienen como un conjunto orgánico viviente. Existe una

estrecha correspondencia entre el alma del hombre y el alma del mundo, puesta de manifiesto por las ciencias tradicionales tales como la Astrología, la Geomancia, etc., ciencias que en la antigüedad gozaron de un elevado status social por su seriedad y credibilidad. Finalmente, el cuerpo del hombre está formado por los mismos elementos materiales que componen la Tierra y que inexorablemente vuelven a ella cuando el espíritu y el alma lo abandonan.

El Macrocosmos puede ser representado como un círculo en cuyo centro se situaría el mundo manifestado (fig. 2). Recorriendo el radio desde el centro hacia la periferia se atravesarían los diferentes niveles del Macrocosmos hasta llegar al espíritu divino que se encuentra más allá, trascendiendo toda manifestación. El centro es manifiesto y la periferia oculta. En este caso el espíritu es trascendente.

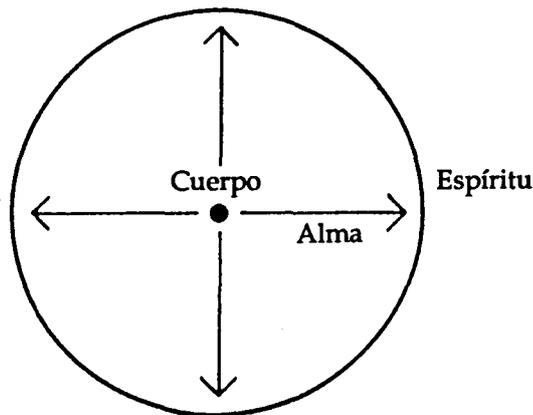


Fig. 2

De manera semejante, pero a la inversa, se puede representar el Microcosmos. El centro del círculo estaría ocupado,

ahora, por el espíritu, al cual se accedería por un proceso de interiorización a partir del cuerpo visible (fig. 3). El centro es oculto y la periferia manifiesta. El espíritu es, aquí, inmanente.

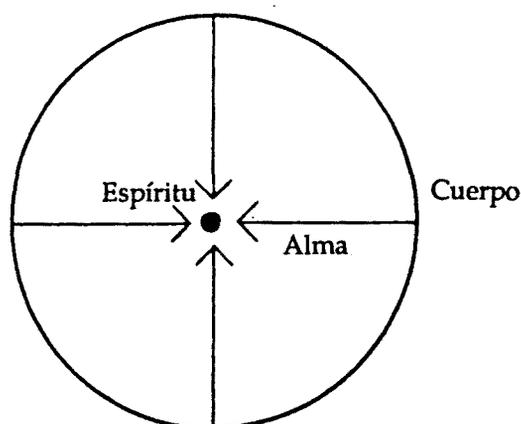


Fig. 3

Las tres tradiciones esotéricas próximas a nosotros, cábala hebrea, hermetismo cristiano y sufismo musulmán coinciden en explicar de modo semejante el proceso de creación del mundo, estableciendo una estrecha correspondencia entre Macrocosmos y Microcosmos.

El Zohar, obra fundamental de la cábala hebrea, denomina al origen de todas las cosas, a aquello que representa los límites más altos de la comprensión humana, Anciano de los Días, Misterioso de los Misteriosos, Desconocido de los Desconocidos. Es 'Ain' (Nada), el 'deus absconditus', que sólo puede ser definido por la negación, o por la negación de la negación. Ain, pensándose a sí mismo da lugar a 'En Sof' (Sin Fin), es decir, el infinito, pero infinito aún no manifestado.

"En Sof es Dios pensado por Dios. Todos los otros Nombres designan a Dios pensado por el hombre y se refieren por tanto a Elohim, al Eterno que se ha manifestado creando, se ha revelado a Moisés en el Sinaí, y ha dado su ley al pueblo de Israel. Elohim no es una hipóstasis de En Sof, sino el límite por encima del cual el hombre no puede concebir a Dios, quien, en realidad, no desciende jamás hasta nuestra ignorancia, manteniéndose siempre por encima de la misma Sabiduría. Existen, pues, dos mundos divinos que en realidad no son más que uno, unidos como el carbón y la llama. El primero, ininteligible y por encima de todo conocimiento, no puede ser imaginado más que a través de una palabra: En Sof. El segundo, por el cual es posible aproximarse a una comprensión de Dios, es el mundo de los Sepfirot" ¹⁰ .

"Los Sefirot, 'Números' metafísicos o 'Numeraciones' de los Aspectos divinos, son las claves principales de los Misterios de la Torah ¹¹ . Forman una jerarquía décupla, y se llaman, enumerados de arriba abajo: Keter (Corona), Hokmah (Sabiduría), Binah (Inteligencia), Guedulah (Clemencia), Gueburah (Rigor), Tifereth (Belleza), Netsah (Victoria), Hod (Gloria), Yesod (Fundamento) y Malkuth (Reino). Los Sefirot constituyen, en su conjunto, la base doctrinal del esoterismo judío; son, respecto a la Cábala o tradición mística del judaísmo, lo que son los diez mandamientos respecto a la Torah en tanto que ley exotérica. Los diez Sefirot representan no sólo los Arquetipos espirituales del Decálogo, sino los de todas las revelaciones de la Torah. Son las Determinaciones principales o Causas eternas de todas las

¹⁰ Guy Casaril, "Rabbi Siméon Bar Yochai et la Cabbale", Seuil, 1979, p. 97.

¹¹ La Torah son los cinco libros del Antiguo Testamento, pero también la religión, la santa doctrina, la ley de Moisés.

cosas; su década se reparte en nueve Emanaciones o Intelecciones, por las cuales la Sefirah suprema, la 'Causa de las Causas' Se da a conocer a Sí misma y a Su Manifestación universal" 12 .

La doctrina de los Sefirot, siendo como es la piedra angular de los misterios de la Torah, es de una profundidad insondable, y su desarrollo queda, por ello, fuera de los límites de este trabajo. Remito, a quien desee ampliar el tema, a las obras de las cuales he extraído estas citas. Para mi propósito es suficiente con reproducir la ilustración que representa una de las variadas disposiciones de la jerarquía sefirótica empleada por los cabalistas (fig. 4). Se trata de la Concentración divina, o Emanación sefirótica 'ad intra'. En ella se puede ver como Ain y En Sof 'se contraen' para dejar un vacío en el cual la Voluntad Divina, partiendo del círculo exterior, Or En Sof (Luz Infinita), emana, contenidos unos dentro de otros, sus diez atributos, desde Keter, la Causa de las Causas hasta Malkuth, el mundo material y tangible.

Otra disposición de los sefirot, en realidad la más corriente, es la conocida con el nombre de Arbol Sefirótico (fig. 5), en el cual los sefirot están situados según un esquema orgánico. Y sobre este esquema la cábala superpone el esquema del hombre con objeto de establecer relaciones de correspondencia (fig. 6). "La idea del árbol sefirótico expresa la unidad orgánica de una multiplicidad funcional: es posible hablar de tal o cual rama o reunir todas las ramas sin que el árbol deje, por ello, de ser Un árbol. La imagen del hombre, en la cual cada miembro simboliza una sefirah, completa y sobrepasa esta idea. La

12 Léo Schaya, "L'Homme et l'Absolu selon la Kabbale", Dervy-Livres, 1977, p.19.

cábala de la Edad de Oro no hace corresponder cada sefirah a uno de los miembros de un Dios a imagen del hombre: el 'Adán Kadmón', al cual asocia los sefirot, es el Adán (Celeste) del Génesis I, creado a imagen y semejanza de Dios, macho y hembra, arquetipo del 'Adán ha Rishón', del primer hombre (del Génesis II), del Adán del Jardín de Edén.

"Del mismo modo que el 'Adán Kadmón' es el modelo del hombre, la Torah, la Ley de Israel es el modelo del mundo. Pero estos dos arquetipos no tienen existencia separada; se sitúan en el seno mismo de Dios. Es más, el 'Adán Kadmón', síntesis orgánica de los sefirot, representa al Hombre en Dios, y la Torah, síntesis espiritual de la Creación, no es otra cosa que la Vida en Dios" ¹³.

Para ilustrar las ideas del hermetismo cristiano acerca del proceso de creación del mundo presento dos diagramas (figs. 7 y 8) correspondientes a dos místicos del Renacimiento que muestran la alternativa concepción de Dios, como inmanente o trascendente. Boehme presenta a Yaveh en el centro de la espiral, que representa tanto al cosmos como al hombre, mientras que Fludd lo ve como trascendente, separado de la tierra por veintidós niveles que se corresponden con las veintidós letras del alfabeto hebreo.

En otro grabado de Robert Fludd (fig. 9) vemos cómo el hombre participa de la Luz Increada a través de su mente superior. A su vez el Intelecto, en un nivel inferior, está iluminado por la esfera de la Luz Creada, mientras que la Razón deriva de la esfera del Empíreo. El tórax corresponde al Cielo Etéreo, es decir, a la esfera de la vida, que comprende la órbita

¹³ Guy Casaril, op. cit., p. 107.

del sol, el cual influencia directamente al corazón. Y finalmente el vientre está en relación con el Cielo de los Elementos, en el cual se ve la influencia del Fuego sobre la bilis, mediante la vesícula biliar, del Aire sobre la sangre a través del hígado y las venas, del Agua sobre la flema, por el estómago, y de la Tierra sobre los excrementos a través de los intestinos.

La cosmología sufi, basada en el hermetismo alejandrino, presenta al sol como polo (qutb) y corazón del mundo, con una posición central en la jerarquía de las esferas celestes: hay siete esferas por encima del sol y siete por debajo (fig. 10). El Trono Divino simboliza la síntesis de todo el cosmos, y su opuesto, la tierra, el elemento fijo.

Ibn 'Arabi describe el establecimiento del universo mediante correspondencias que relacionan el macrocosmos con el microcosmos: "Dios puso el sol para que fuera una lámpara que diera luz a las gentes de la tierra (Corán, 71:15-16). Del mismo modo puso el Espíritu (rûh) en el cuerpo para darle luz. Así, cuando en la muerte parte el Espíritu, el cuerpo se oscurece, como la tierra se oscurece cuando parte el sol. Puso además el Intelecto ('aql) para que fuera como la luna que brilla en la bóveda celeste, primero creciendo y después menguando. Al principio la luna nueva es pequeña, igual que la inteligencia del hombre cuando es niño, pero esta inteligencia crece después como crece la luna hasta la noche de su plenitud, y a continuación empieza a decrecer [...] Después puso en el firmamento las cinco estrellas (Mercurio, Venus, Júpiter, Marte y Saturno), es decir, las estrellas de movimiento retrógrado que se mueven hacia atrás, a las

cuales corresponden los cinco sentidos: gusto, olfato, tacto, oído y vista.

"Entonces puso en los cielos un Trono y un Pedestal. Creó el Trono para que hubiera algo hacia lo cual pudieran orientarse los corazones de Sus sirvientes, un lugar hacia el cual tendieran sus manos, no como un lugar donde tener Su sede, ni como un símbolo de Sus cualidades, ya que en el caso del Misericordioso (alabado sea) la sede no es más que uno de los epítetos que Le califican y Le describen. Estos epítetos calificativos o descriptivos están unidos a Su esencia, mientras que el Trono es una de las cosas que El ha creado. No está ligado a El, no Le toca, no Le sostiene, y El no lo necesita.

"En cuanto al Pedestal, es el depósito de Sus secretos, el carcaj de Sus flechas de luz; y los cielos y la tierra son el receptáculo de todo lo que hay en la esfera de Su vasto Pedestal. De la misma manera, hizo del pecho del hombre un Pedestal, porque en él están almacenados todos los logros del conocimiento. Es como un patio ante la entrada del corazón y del alma, con dos puertas para abrirse a ellos, de modo que todo lo bueno procedente del corazón o todo lo malo procedente del alma se almacena en el pecho desde donde pasa a los miembros productores.

"Hizo el corazón como un Trono. Su Trono en los cielos es algo que se conoce, mientras que Su Trono sobre la tierra es un lugar de residencia, y por eso el Trono del corazón es más noble que el Trono de los cielos, porque éste no es lo bastante amplio para El, no Le sostiene, no Le percibe; mientras que aquél es algo hacia donde El siempre mira, al cual Se revela, a donde hace descender Su gracia desde el cielo, porque Ha di-

cho: *Mis cielos no son lo bastante amplios para contenerme, ni tampoco Mi tierra, pero el corazón de Mi creyente servidor Me contiene "*
14 .

El interés de una reflexión sobre la correspondencia entre el Macrocosmos y el Microcosmos, como la que aquí se presenta, es doble. Por una parte pone de manifiesto que el hombre está inmerso en el universo visible e invisible, tomando de él su materia, su vida y su esencia. No es, por tanto, algo separado e independiente del mundo, ajeno a las leyes que lo gobiernan o a los fenómenos que tienen lugar en éste. Es cierto que la ciencia reconoce o estudia ciertas influencias e interacciones entre el cosmos y el hombre, sencillas unas, como la ley de la gravedad, y más sutiles otras, como el efecto de las corrientes telúricas sobre la fisiología o el psiquismo humanos, pongo por caso. Pero la relación es mucho más profunda que eso, y afecta tanto al cuerpo como al alma y al espíritu, es decir, al hombre total.

Por otra parte, esta correspondencia pone en manos del hombre un extraordinario instrumento de conocimiento. Un antiguo texto hermético, la "Tabla de Esmeralda", dice: "Lo que está arriba es como lo que está abajo, y lo que está abajo es como lo que está arriba". Es la Ley de Analogía, una ley universal que gobierna todas las cosas y todos los seres. Podría decirse que las obras de todos los filósofos imbuídos de las doctrinas herméticas no son más que un largo comentario de este principio. Si el hombre es una réplica del universo, si ambos obedecen a las mismas leyes, es fácil conocer ambos a la vez mediante el mismo proceso de estudio. El que conozca al

14 Ibn 'Arabi, "Shajarat-al-kawn", citado por Laleh Bakhtiar, "Sufi. Expressions of the Mystic Quest", Thames and Hudson, 1979, p. 118.

hombre conocerá el universo, y viceversa, el que conozca el universo conocerá al hombre. Así, esta correspondencia pone de manifiesto la posibilidad, para el ser humano, de conocer el Misterio mediante un proceso de interiorización que le lleve desde los niveles más visibles y externos hasta el mismo centro de su propio ser, que es el punto de contacto entre el individuo y el Principio Divino.

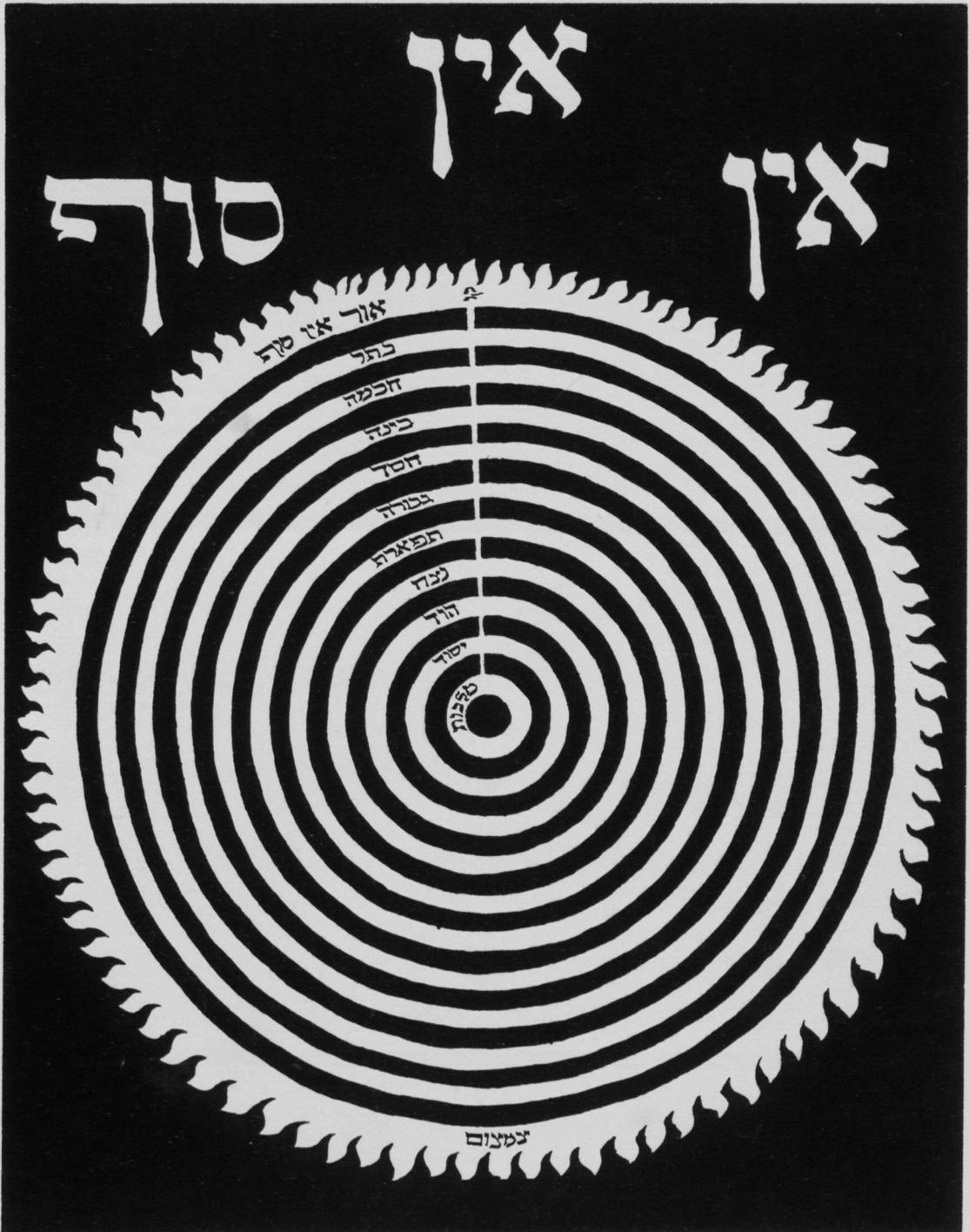


Fig. 4. La Concentración divina, o Emanación sefirótica 'ad intra', según la cábala hebrea (Z'ev ben Shimon Halevi, "Kabbalah", Thames and Hudson, 1979, p. 38).

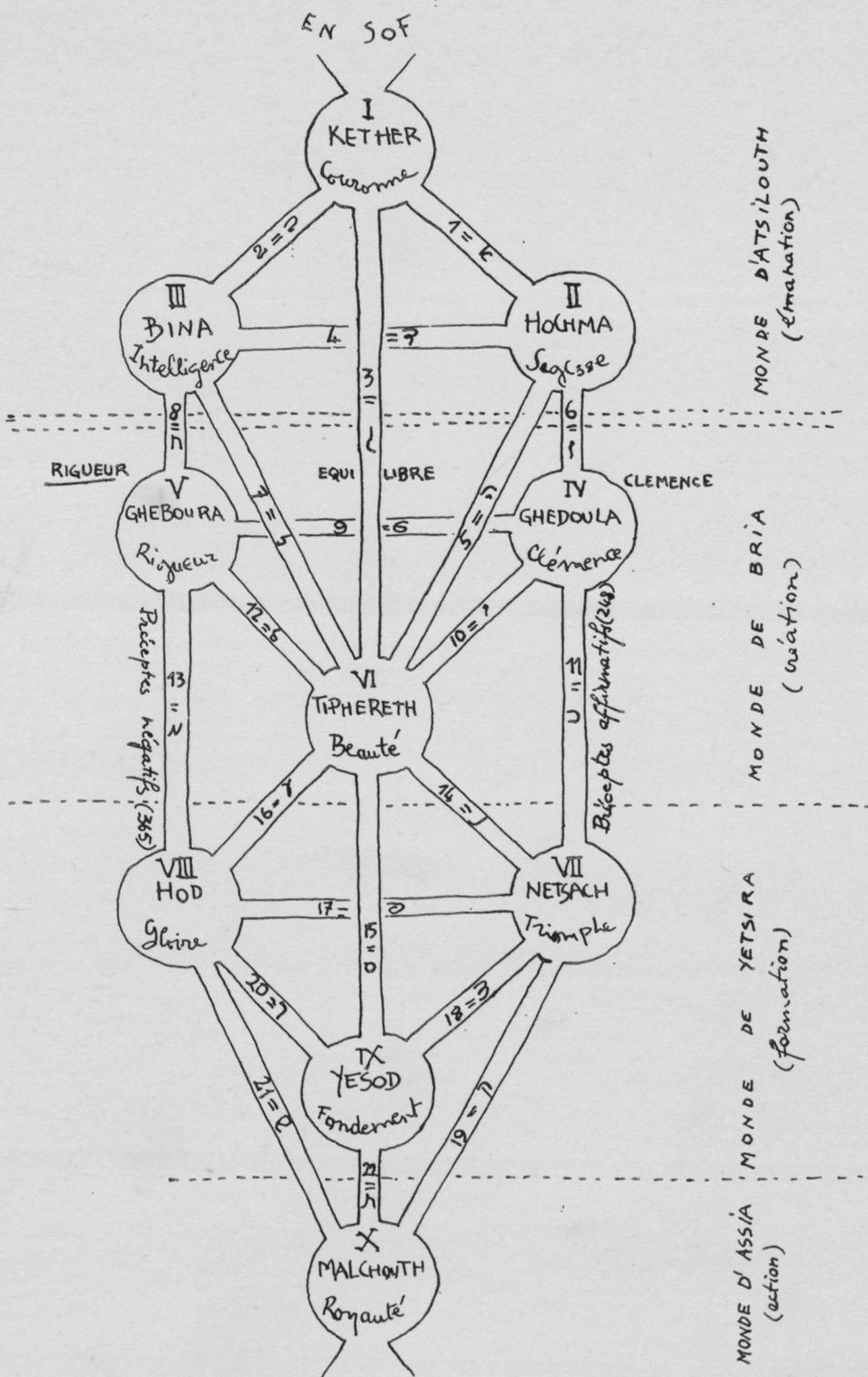


Fig. 5. El Arbol Sefirótico, o Arbol de la Vida (Guy Casaril, "op. cit. p. 94).

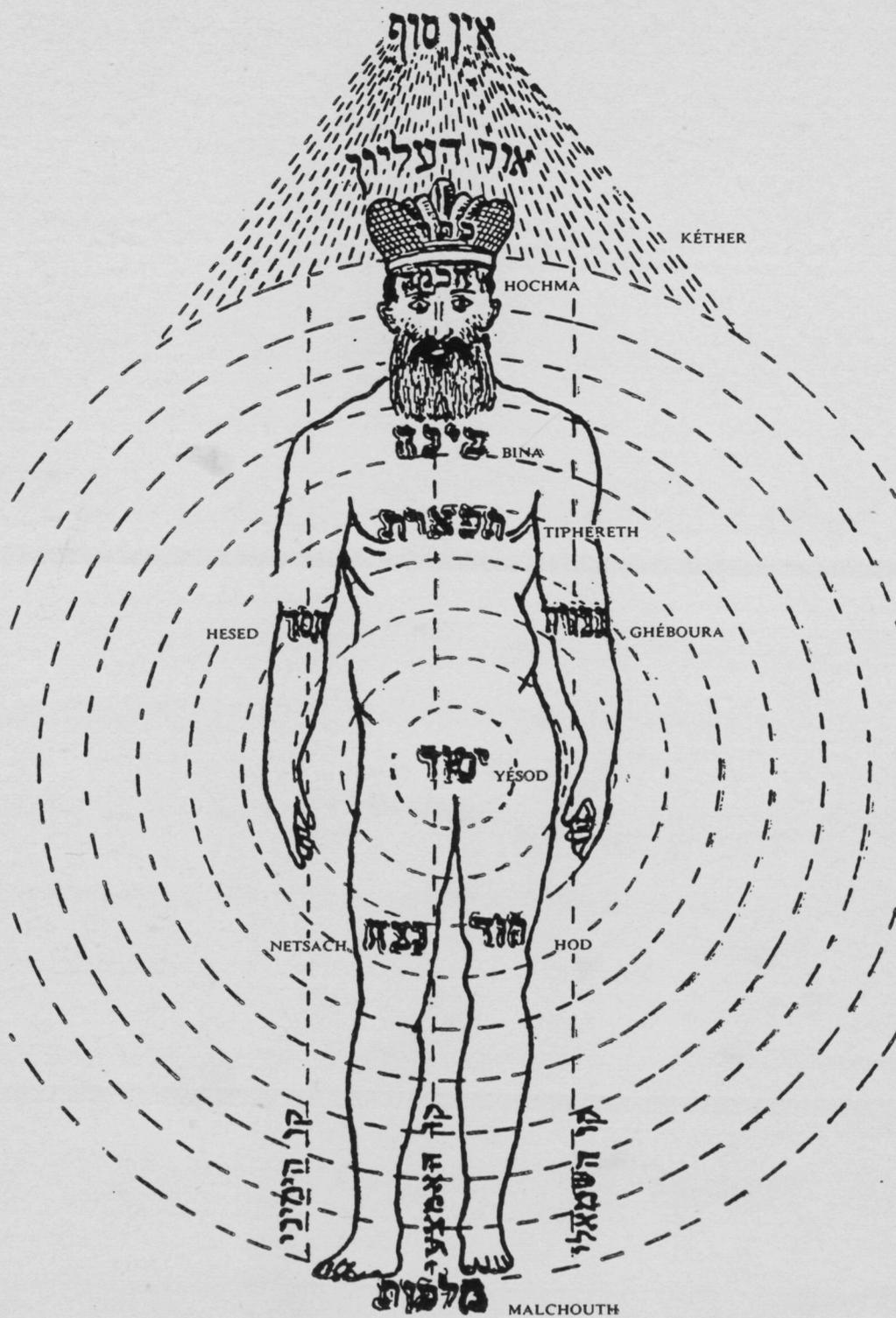


Fig. 6. El "Adán Kadmón": a cada uno de sus miembros corresponde una sefirah (Guy Casaril, op. cit. p. 108).

The Figure of the Wheel of Nature!

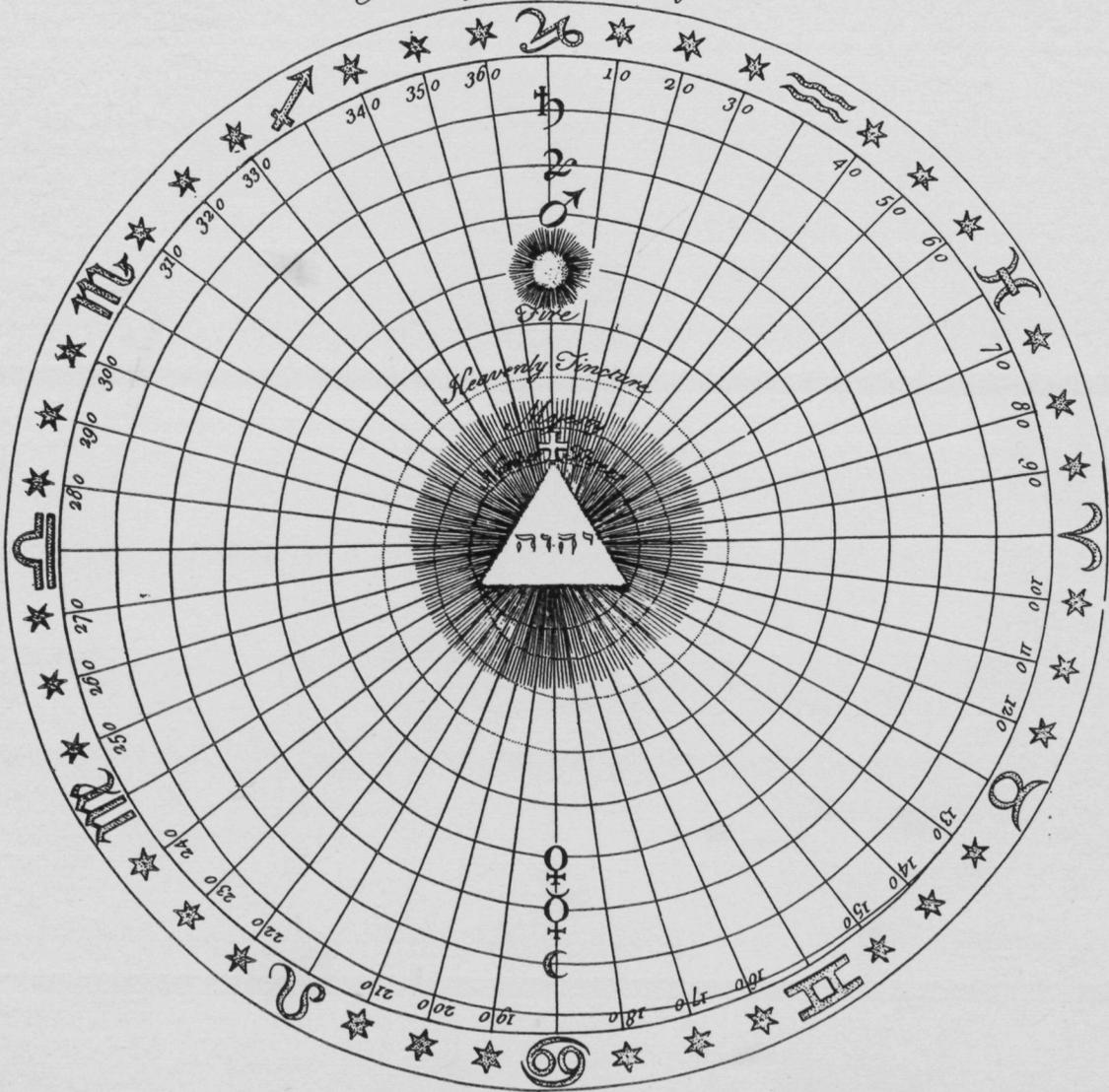


Fig. 7. La divinidad inmanente, según el hermetismo cristiano.
Ilustración del Rev. William Law para las obras de Jacob Boehme, vol. 2,
1763 (Jill Purce, "The Mystic Spiral", Avon, 1974, plate 30).

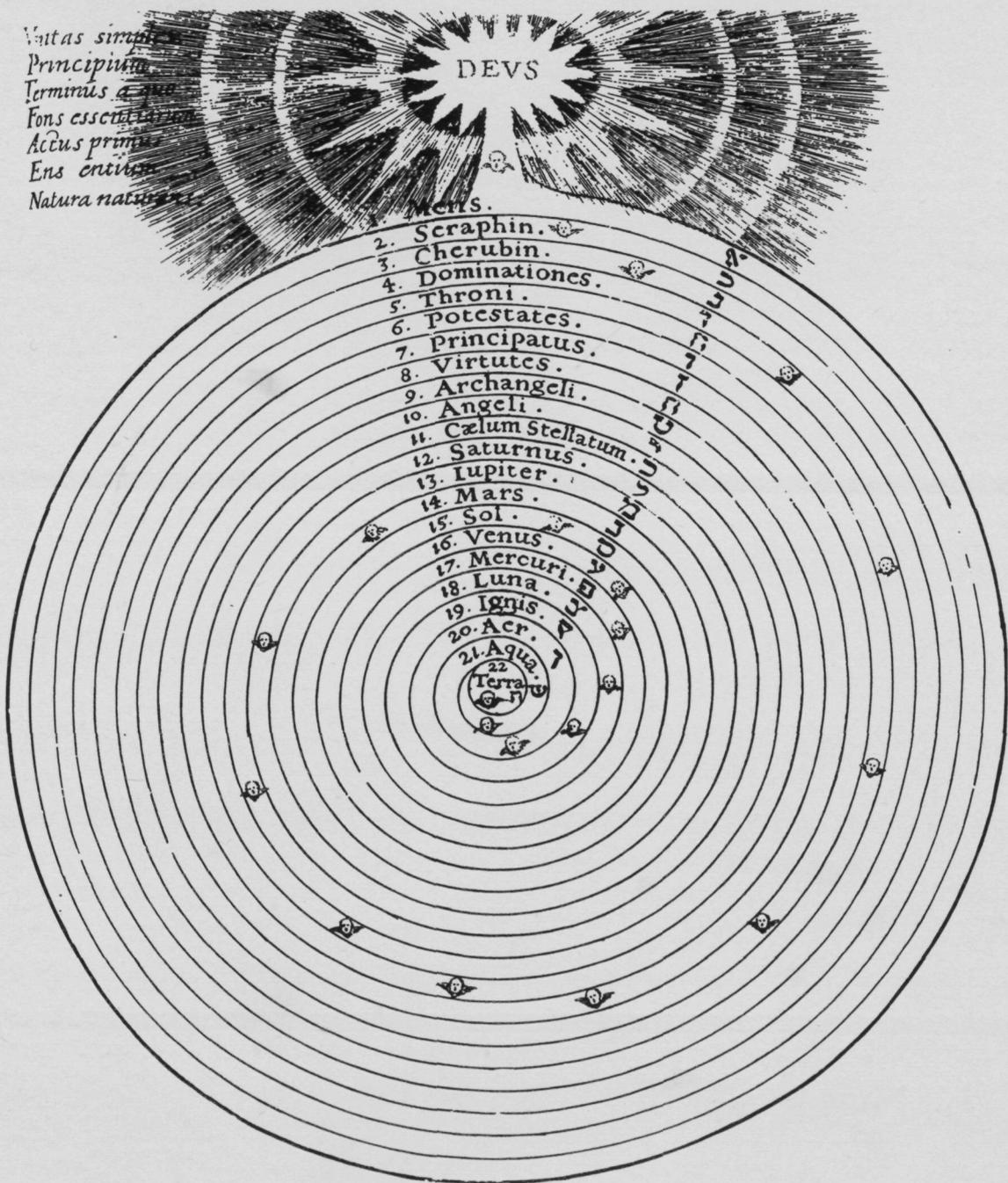


Fig. 8. La divinidad trascendente, según el hermetismo cristiano. Diagrama para la obra de Robert Fludd "Utrisque cosmi...historia, vol. 2, 1617 (Jill Purce, "The Mystic Spiral", Avon, 1974, plate 31).

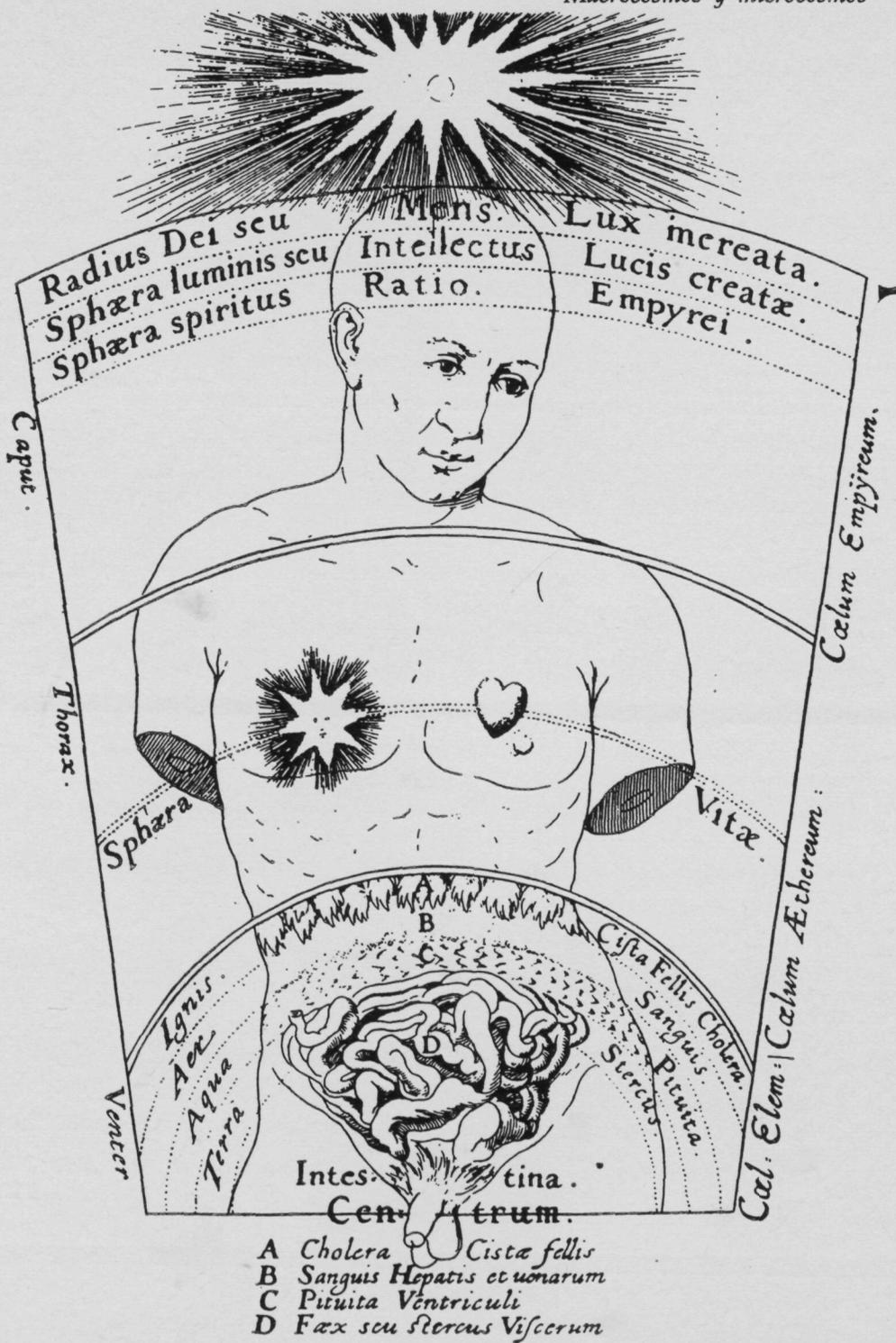


Fig. 9. Relación de las esferas del Macrocosmos con el Hombre. Diagrama para la obra de Robert Fludd "Utrisque cosmi...historia, vol. 2, 1617 (E. Grillot de Givry, "Illustrated Anthology of Sorcery, Magic and Alchemy", Causeway Books, 1973, p.246).

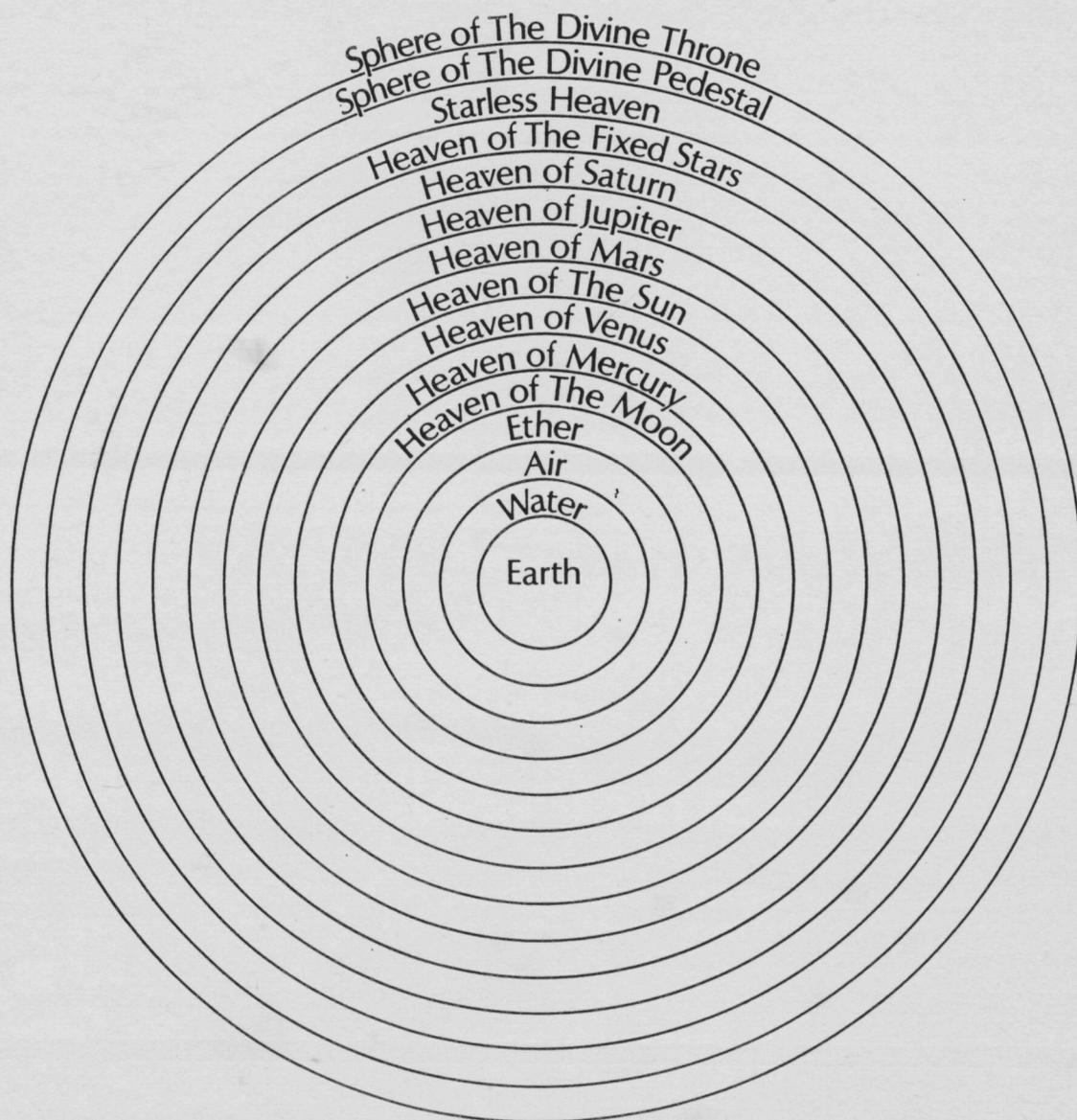


Fig. 10. Las esferas celestes en la cosmología de Ibn 'Arabi (Laleh Baktiar, op. cit., p. 118).